

*guaggio teologico, La cristologia moderna, etc.*) han estado también dedicadas a la descripción de corrientes teológicas y a la exposición de la doctrina de teólogos singulares. En suma la obra se sitúa ante todo en la línea de una catequesis fundamental, y en la de una guía introductoria dirigida a un público amplio, como su mismo origen —según decíamos— hacía prever.

En este sentido puede decirse que la obra alcanza su objetivo. Cabe señalar no obstante que hubiera sido útil, al resumir o exponer diversas corrientes teológicas, contar con juicios valorativos y críticos algo más detallados. Teniendo en cuenta el público al que el libro va dirigido, tales valoraciones habrían sido de gran interés.

César IZQUIERDO

Paul POUPARD, *La fede cattolica*, Torino, SEI, 1984, 147 pp., 11 x 17.

El Cardenal Poupard, Presidente del Pontificio Consejo para la Cultura y Propresidente del Secretariado para los No Creyentes, se propone en este libro sentar de forma breve y sintética algunos puntos fundamentales de referencia que orienten el diálogo para entender el cristianismo es la fe.

Así se explica que en 1969 publicara ya un «*Initiation à la foi catholique*» (Fayard, París), con un propósito semejante al de la obra que comentamos, aunque con diversa estructura y con menor amplitud temática. Viene después un segundo intento de compendiar brevemente «La fe católica», que publicó primeramente en la colección *Que sais-je?* de *Presses Universitaires de France* (París 1982) y la edición italiana que aquí reseñamos.

El libro comienza tratando de la naturaleza de la fe, de la inteligencia de la fe y de la vida de fe.

Esta exposición de la fe podría calificarse de sintética, porque busca integrar armónicamente los aspectos personalistas e intelectuales, cristocéntricos y eclesiales de la fe, mostrando a la vez cómo en ella se enraiza la entera vida cristiana. Creer es acoger el testimonio de Hijo: «con él, aprendemos a tratar a Dios» (p. 12). La fe tiene sus motivos, que hacen razonable creer, pero no debe extrañarnos que a menudo los creyentes no sepan exponerlos brillantemente en palabras: «nadie que tenga experiencia de lo que es amar se asombrará por ello», porque, ¿cómo explicar por qué está uno enamorado? (p. 14). La fe es vida, que cuaja con toda naturalidad en la oración confiada y en el inequívoco testimonio apostólico por amor a los hombres. La fe es luz que da «un suplemento de inteligencia a nuestro pensamiento» (p. 36). «La fe imprime en nuestra inteligencia su impronta indeleble, como quedó estampado en el velo de la Verónica el rostro santo y misterioso de Amor humillado, que nos revela el esplendor inefable del

Verbo. Nunca nos cansaremos de contemplar —como Pascal— este santo rostro» (p. 41). La fe busca espontáneamente conformar desde dentro una cultura cristiana: es preciso no tener miedo —como pide Juan Pablo II— para abrir a Cristo los dominios inmensos de la cultura y la civilización.

Poupard enseguida hace ver que la fe viva cristaliza en vida de amor a Cristo, siguiendo sus mandamientos. De nuevo reaparece la necesidad de orar para realizar esa idea: «la vida de fe es auténtico combate espiritual, en el ejercicio cotidiano de los deberes ordinarios, cuando el hombre se esfuerza por ser fiel a su vocación» (p. 54). Así cada cristiano se dispone a realizar «la revelación del amor», siendo sal y luz y levadura que transforma el mundo.

Y entre la fe y el amor, la esperanza. Las tres virtudes teologales son el resumen de la esencia de la vida cristiana. «El hombre de fe es hombre de esperanza, que ara el campo y siembra la simiente, relativizando la incertidumbre del presente con el regusto de la felicidad futura. Esperar quiere decir actuar» (p. 62).

Pero la fe tiene un objeto, formulado maravillosamente en los Símbolos de la Iglesia. Por eso a continuación, Poupard comenta las sentencias y los términos del Símbolo niceno-constantinopolitano: «Este librito no es ni un catecismo, ni un tratado de apologética, ni un testimonio personal, sino la exposición de la fe» (p. 7). Esta exposición de la fe cristiana sugestiva, valiente y plenaria, sin omisiones ni reticencias, sabe arrancar a la perla fina de la fe (cfr. Mt 13, 45) destellos de belleza que no pasarán desapercibidos para una persona culta, aunque todavía no comparta esa fe.

El autor después de tantos años de labor teológica en el Instituto Católico de París y de su labor pastoral dedicada al apostolado *ad fidem*, se reafirma en la idea de que para acercar a los no-creyentes a Cristo es indispensable, entre otras cosas, hacerles llegar la doctrina cristiana con la misma sencillez de los primeros Símbolos bautismales, pero también con el mismo calor testimonial —que es piedad, fe viva, *fides quaerens intellectum*— propio del primer apostolado cristiano.

El comentario del Card. Poupard al Símbolo niceno tiene el aliante de engarzar con los diversos artículos, textos del Concilio Vaticano II y la Liturgia, y sobre todo de la Escritura. De este modo se subraya el carácter esencialmente escriturístico que siempre tuvo el Símbolo de la fe, «*verbum Dei brevium*», resumen y compendio de la revelación divina. También cabe destacar la habilidad del Autor para enhebrar coherentemente en el hilo de esta exposición dogmática temas de signo antropológico, como son la reflexión sobre la condición humana o el análisis de los novísimos como correspondencia «de la grandeza del hombre y del respeto de Dios por su libertad» (p. 89).

En conclusión, una obra agradable y clara que puede ser especialmente útil para esa catequesis fundamental de la fe que ha urgido el último Sínodo de los Obispos.

José Miguel ODERO